

# EL BONO DE LOS POBRES

El Presidente de la República ha pasado, sin duda alguna, a la historia. Desde los comienzos, hace tres años, del régimen. Con toda la voluntad del caso. Los motivos, todos de estruendo, están a la vista. Comenzó por crearnos, sobre los que ya nos había legado el gobierno precedente, cinco ministerios más de los que llaman sin cartera. Fue, como dicen en Caracas, para coger palco. No satisfecho con esto, se declaró en viaje permanente. Cuando no está para el interior, está para el exterior. En el interior nos inaugura el remodelado de las aceras de las plazas. En el exterior nos firma tratados de buena vecindad. Es el Presidente de la República que, en nuestra historia, ha viajado más. No contento con esta segunda faena, determinó apuntalar, con todos los recursos necesarios, el más infamante de los regímenes actuales de Hispanoamérica: el del Salvador. Y nos acaba de dar la más reciente sorpresa: la creación del bono de los pobres.

Dicen que el pueblo nunca se equivoca. Pues el pueblo fue quien, ante los traspies del gobierno pasado, lo llamó, con indudable acierto, gobierno del despelote. El pueblo tuvo la esperanza, bien fundada, de que el régimen actual corregiría tantísimas improvisaciones. Frente a las actuales, ¿qué dirá ese mismo pueblo, cada vez más frustrado y, sin embargo, cada vez más gracioso? ¿Cómo tendrá que llamar el presente gobierno? ¿Tal vez el gobierno turista? ¿El gobierno del bono? No lo sabemos. Pero esto del bono de los pobres -pobrecitos todos nuestros pobres- rebasa, desde ya, toda capacidad de improvisación. Decimos, por decir lo menos, improvisación.

Nos hemos quejado, en todos los tonos, de que el gobierno venezolano es, en forma característica, obstinada, absolutamente irresponsable, paternalista. La tradición es, claro esta, larga. Podría "ilustrarse con referencias múltiples. Una es bien conocida y corresponde al Benemérito General Juan Vicente Gómez. Cuando él aparecía de manera abordable, alguien ansioso, se le acercaba en procura de algo. El caudillo le alargaba, de una vez, un billete cualquiera. El quedaba contento y mucho más el beneficiario. Los dos creían haber solucionado, de un solo pepazo, un problema. La anécdota es grata, pero, al mismo tiempo, denigrante. La limosna, en cualquiera de sus formas, no llega a ninguna parte. Del billete ocasional del General Gómez al bono, ya no ocasional, digamos, sino improvisado del Doctor Herrera Campins no hay ni siquiera un paso. Resultan, con exactitud matemática, idénticos.

"Cuando le das un pescado a un pobre, dice un refrán muy sabio, lo alimentas una vez. Si la enseñas a pescar, lo alimentarás siempre". Los gobiernos paternalistas, que son todos los que hemos padecido en Venezuela, no han creído sino en el pescado circunstancial. El régimen actual, por cierto, parece resumirlos y superarlos a todos. El bono será, en nuestra historia actual, su símbolo más expresivo. De esto no tengamos duda.

El Presidente de la República, como todos los sabemos, es socialcristiano. Más cristiano, naturalmente, que social. Por eso es por lo que no cree en la solución de los problemas colectivos por donde es: la enseñanza de la pesca de que nos habla el aforismo citado. Cree, en cambio, en los efectos de la caridad: en los efectos de la limosna. El bono de los pobres es eso: limosna. Pura y física caridad. Puro y físico paternalismo. Un gesto político de estruendo: pura y física demagogia también.

Pero, como es apenas lógico, no podemos pedirle peras políticas –esencialmente populares- al olmo que aquí llamamos democrático por puro eufemismo. El sistema -y del sistema es de lo que se trata en estos menesteres- no puede, por razones de orden estrictamente dialéctico, ir más allá del paternalismo que sabemos. Del bono de los pobres. De la limosna elevada ya, por este medio, a categoría presidencialista. Pobrecitos los pobres venezolanos. Con tanta ingenuidad que concurren a las urnas electorales cada cinco años. Con tanta esperanza, en verdad, de que sus problemas de abajo se los resuelva el gobierno desde abajo. Y da la mala pata, siempre, sea el gobierno adeco o sea copeyano, de que el régimen que eligen se empeña en resolvérselos desde arriba. El bono, de los pobres ha sido creado por el Presidente Herrera Campins. Pero, desde el primer momento, se nos ha transformado en el símbolo del sistema. Nuestra democracia, verde o blanca, es la democracia del bono.

El General Gómez, a la voz de modelos pobres, debe haberse sonreído, con la gracia con que él sabía hacerlo siempre, en la paz sagrada del Hades. Aja, debe haberse dicho. Pero ése es invento mío. Lo mantuve toda la vida, en forma directa y sin escándalo, en el billete que le daba a todo pedigüeño que se me acercaba. Y debe haberse sonreído igualmente, a la espera de la vuelta al ruedo, el líder del despelote. En la improvisación del bono debe sentirse identificado con el actual Presidente de la República. Dicen, en fin, que los extremos se tocan. El Benemérito, los Mineas y los verdes han, asumido siempre particular preocupación por los pobres. Los tras se nos juntan ahora, cuan exactos son, en el ya histórico bono, que es la limosna, como ya apuntamos, trepada a Jerarquía presidencial.